

rables excepciones! Nuestra terapéutica sería entonces quizá mas fácil, como lo dicen ciertos ignorantes; pero desdichadamente no es así, y la ruta es estrecha, tortuosa y muy escarpada. Buscad, pues el consuelo de vuestra conciencia en la certidumbre de que, en vuestro consultorio, habéis trabajado tanto como habéis podido, y que á la cabecera del enfermo habéis hecho, lo que habéis podido.

Recordad la respuesta que dió á sus discípulos, el ilustre partero Baudelocque. Un día, después de una lección en la que había enumerado y examinado todos los preceptos que dirigen las maniobras de la obstetricia. «¿Como hacéis, en vuestra práctica,» le preguntaron sus discípulos, «para recordar y observar tanta cosa?»

—«Hago lo que puedo!!!...»

DUODECIMA CONFERENCIA.

NUESTROS FRACASOS.

«... Un hombre fué á su campo para sembrar su grano; una parte cayó en el borde del camino, y fué pisoteado, y las aves del cielo se lo comieron. Y otra parte cayó entre las piedras, y al nacer se secó, porque no había nada de agua. Y otra parte cayó entre las espinas, y éstas al crecer con el grano lo sofocaron. Y otra parte cayó en una buena tierra, y el grano brotó y fructificó ciento por ciento.»

«... Quien tiene oídos para oír, oiga!»

Esta parábola tiene su aplicación

perfecta en el campo de la práctica médica en general, pero sobre todo, en particular, en el campo de la práctica homeopática.

Lo confieso, y en ello me complazco: la Homeopatía no hace milagros. Ella no es tan loca ni tan ciega para elevar sus pretensiones al nivel de lo imposible. No es debido que sufra la pena de las exageraciones de algunos de sus discípulos, ardientes hasta la temeridad, y fogosos hasta el fanatismo. Lo que ella reivindica, y á justo título, es su parte legítima en el dominio de la verdad.

No tenemos, pues, la pretensión de hacer milagros, y para llegar más allá de vuestros reproches ezagerados, confesamos que muy frecuentemente, como fruto de nuestro trabajo y esfuerzos, no recogemos sino tristes fracasos.

Estos fracasos, no queremos ni negarlos ni disimularlos. Os invitamos, por el contrario, á recorrer hoy toda la extensión del dominio hahnemanniano, y en vez de hacerlos detener solamente en las partes más fértiles, haremos alto en los terrenos más estériles ó ingratos. Sin embargo, cuando os hagamos comprobar una mala cosecha, nos permitiréis explicarnos por qué no ha tenido éxito.

Un tratamiento puede ser comparado á la acción de un hombre que siembra su campo. Nuestro terreno es la clientela, y los medicamentos administrados á los enfermos son semejantes al grano que cae en las buenas ó malas condiciones de cultivo.

Cuando ningún obstáculo viene á sofocar nuestra semilla, ella fructifica cien por uno; pero cuando encuentrapiedras ó espinas, se seca y muere.

Muchas veces nuestra cosecha está bendita por el Cielo, y nos da un céntuplo; no queremos, sin embargo, sacar provecho para nuestra gloria, puesto que tenemos cui-

dado de encerrarla en nuestros graneros, hasta sin hacerlo saber á nuestros vecinos. Pero cuando ella es estéril, queremos hacer conocer las causas, á fin de que no se nos pueda acusar de incapacidad ó negligencia.

Ahora bien, la primera condición de éxito para una semilla, es el momento conveniente de la estación. Cada fruto tiene su tiempo, cada cosecha su época, y cada semilla su mes del año. El hombre del campo lo sabe, y si hacéiles confiar á la tierra su semilla después de la estación:—Es demasiado tarde, os dirá, ¿cómo queréis que mi grano pueda germinar?

Hé aquí lo que pasa todos los días.

Evidentemente, no puede tratarse aquí de las personas adictas á la Homeopatía, que están unidas á la clientela del médico homeópata. Estas, llaman directamente á su médico,—no esperan que la enfermedad se haya agravado,—y éste halla un terreno virgen, y siempre en este caso la cosecha fructifica al céntuplo.

No quiero, pues, sino hablar de la clientela flotante.

Supongamos una enfermedad seria. Se llama al médico vulgar; después, al agravarse la enfermedad, se reúnen dos, tres ó cuatro médicos, para tener, lo que el buen pue-

blo llama, una junta; y en seguida, agravándose siempre la enfermedad: «Si llamáramos á un médico homeópata.—dice un miembro de la familia,—y se le hace venir.

¡Vamas pobre médico homeópata! ve á espigar un fracaso cierto, tú no tienes el derecho de decir:—«¡Demasiado tarde!»—Se trata de resucitar á un muerto, y si no haces ese milagro, se dirá que tu homeopatía no es capaz de nada.

Estas aventuras pasan á todos los médicos—sin duda—pero más especialmente á los médicos homeópatas.

De esta manera, hace poco tiempo, fui llamado para asistir á una joven gravemente enferma. Cuatro médicos la habían ya visto. La familia tenía todavía alguna esperanza en mi visita. Mi visita, en efecto, sirvió de mucho, la enferma murió algunas horas después de mi llegada.

Otro día, el caso era todavía más apremiante; se me hizo partir por tren expreso; pero la muerte no juzgó á propósito esperar la ayuda del último médico para acabar su obra;—se me dió contra orden á la mitad del camino.

Otra condición, para que nuestro grano pueda fructificar, es la de que no sea arrojado en medio de una semilla extraña, que ocupe el terreno, y ya en vía de desarrollo.

Es raro, en efecto, que nuestros tratamientos se ejerzan en una tierra patológica virgen; ya muchos médicos han depositado el germen de sus múltiples medicamentos. ¿Cómo queréis, entonces, que los nuestros gocen de toda su libre actividad? ¿Habéis visto alguna vez que un sembrador arroje sus granos en medio de otros granos en germinación?

Los medicamentos homeopáticos no son ciertamente tan sensibles ni tan susceptibles como se propala, y como lo creen hasta los recién convertidos. Sin embargo, es verdad que si nunca se debe de ser escrupuloso, siempre se debe ser prudente. Convengo en que, algunas veces, se han visto obrar á los medicamentos al lado, y á pesar de otros que ocupaban ya su lugar; pero estos casos son excepciones, y no es por ellas, como debéis viajar tranquilos, en el terreno de la práctica.

En las enfermedades crónicas, el negocio no es tan inquietante, podéis esperar y hacer esperar. Si tiene buena voluntad, el enfermo dará tiempo á los remedios que ha absorbido, para desaparecer y limpiar el lugar, y volverá entonces á ofrecer al médico, un terreno nuevo y casi virgen. Pero, en los casos agudos, el enemigo no os concederá ninguna tregua: la cosa ur-

ge, y es necesario obrar y combatir. En este caso, la contemporización, no está en el poder ni del enfermo, ni del médico;—y para continuar la aplicación de la parábola á nuestro asunto,—el primer grano que ya brotó, sofocará al grano nuevo; en términos técnicos, vuestros medicamentos, embarazados en su acción, por los medicamentos ya administrados, permanecerán impotentes, y registraréis en vuestras ordenanzas, un nuevo fracaso inevitable.

Todas estas circunstancias son muy frecuentes en nuestra práctica. Que se llame á un médico homeópata, por ejemplo, para asistir á un gotoso; en veinte veces, diez y nueve, ya lo encuentra saturado de remedios. Supongamos, una fiebre tifoidea: entónces son las cantáridas de los vejigatorios, la mostaza de los sinapismos, la evaporación del éter, el almizcle en las paciones, el olor suave de la valeriana, el perfume de las lavativas de asa-fétida, etc.; dad un medicamento homeopático en semejantes circunstancias, y pondréis en escena á la fábula del lobo y del cordero.

Semejantes modos de fracaso, se presentan todavía, mucho más numerosos, en tiempo de alguna epidemia, del cólera, por ejemplo. Entrad en la recámara de algún co-

lérico, toda clase de emanaciones os atacan inmediatamente á la garganta, pero sobre todo, estáis sofocados por el olor del alcanfor, bajo todas sus formas. Vuestra terapéutica se encuentra embarazada entónces entre las malezas no solamente de los remedios ordenados por los médicos, sino aún de todos los medios aconsejados por la gente parlanchina del barrio.

En semejante caso, apresuraos á abandonar ese campo, en el que no podréis recójer sino un fracaso probable; lo que tendreis mejor que hacer,.... es el no hacer nada, y dejar á otros la responsabilidad de devanar la madeja, que han enmarañado.

Pero, la vía es todavía mucho mas espinosa, cuando, por timidez ó por cálculo, el enfermo os oculta, que ya consultó á uno ó varios médicos, y ha tragado la mitad de las drogas de una farmacia. Entónces, os ponéis á la obra con la más sencilla confianza, y quedáis sorprendidos de ver que vuestros esfuerzos han sido vanos é inútiles. Este es el trabajo pérfido de Penélope, la tela se teje y nunca se acaba.

Esta consideración, me lleva á hablaros de las enfermedades medicinales, asunto, que apenas hemos tratado, en nuestra última conferencia.

Este nuevo elemento de mal éxito es por decirlo así el corolario del precedente ó, si queréis el mismo en un grado mayor.

Anteriormente, en efecto, se trataba de una semilla que encontraba á otra semilla anterior, y ya en vía de germinación. Aquí el desarrollo está mas avanzado; son granos que arrojariáis en un campo cubierto de espinas, en perfecta madurez, y no esperando más que á la hoz. Ahora, os pregunto, ¿éstos granos podrán pedir su parte de sol y de nutrición? Y entónces ¿cómo podrán germinar?

¿Qué hacer en este caso?

Cortar primero la mies, y después trabajar el campo de nuevo; y una nueva tierra abrirá entónces su seno, á una nueva fecundación.

Hé aquí, lo que están obligados á hacer los médicos homeópatas. Ved, sobre que terreno patológico se les llama todos los días.

Osemos decirlo: las enfermedades medicinales son aquellas que los clientes van á comprar,—algunas veces muy caro,—mitad en la casa del médico, y mitad en la del farmacéutico. ¡Ellas son más comunes de lo que se piensa, y cuantos desdichados no llevan en los repliegues de su constitución, la mancha producida por tal ó cual medicamento! Esta mancha, sin que ellos se dieran cuenta, manchó

primero el principio vital, y después se esparció en todo el organismo, como esa gota de glicerina que no produce primero más que una pequeña mácula, y se extiende después, infiltrándose en todo el tejido.

—¿Cuál es el génesis de las enfermedades medicinales?

—La polifarmacia, y la posología maciza.

Administráis á un enfermo varios medicamentos á la vez. Uno solo, frecuentemente por no decir siempre, se encarga de la manobra terapéutica, y triunfa de sus colegas, antes de triunfar del enemigo, que se le dá para combatir. Pero los otros ¿permanecen pasivos é inocentes en la economía del enfermo? ¡Ah! no. Cada uno se dirige á su fin particular, y termina muy á menudo por alcanzarlo, y entónces estalla una enfermedad nueva que no pedían ni el enfermo ni el médico.

O bien, si el práctico alópata no da sino un sólo medicamento, lo dá á dosis, de tal modo macizas, que el organismo no puede desembarazarse de ellas. En este caso el dinamismo fisiológico se convierte en afiliado complaciente de ese medicamento enemigo. Guardián ciego del receptáculo orgánico, hace la misma acogida á todas las substancias, les abre sencillamente

la puerta y las introduce en los secretos laberintos de la economía. Y entonces el remedio, metamorfoseado en una verdadera enfermedad, elige su domicilio, y se instala en el campo patológico que llega á abrirle una imprudencia culpable.

Esas enfermedades medicinales pueden producirse por los hábitos de los enfermos, lo mismo que por las recetas de los doctores. Serán entonces cuadros sintomáticos de la camomila (manzanilla) del café, del alcanfor, del almizcle, de la dulcamara, etc., etc. Todo el mundo tiene sus pequeños remedios para sus indisposiciones, y en nuestro siglo, todo el mundo siendo médico aconseja sus pequeños medios á sus amigos. Y entonces, aparecen esas enfermedades llamadas falsamente espontáneas como esos arbustos que nacen y crecen en las hendiduras de los viejos monumentos, y parecen haberse desarrollado allí, como efectos sin causa.

Todas esas enfermedades artificiales, ¿no puede también producir las la práctica homeopática, y no podrían dirigirnos la misma observación, á título del mismo reproche?

—Sí, ciertamente, podemos producir las, puesto que esta posibilidad es uno de los puntos cardinales de nuestra doctrina. ¿Pero se

nos puede dirigir el mismo reproche? No, porque no damos sino medicamentos cuya fisonomía conocemos bien, y todo el alcance de su acción, y el error de su aplicación á las enfermedades no es posible; ó al menos, si es posible, esto no es sino en virtud de la fallibilidad humana. Pero la Alopaiía, privada de los conocimientos positivos que procura la experimentación pura, y no apoyándose sino en los datos inciertos de la experiencia, se halla rodeada de más numerosas probabilidades de error.

Y, además, nuestras enfermedades medicinales, son enfermedades fluídicas que pueden desvanecerse espontáneamente, ó ser neutralizadas por su antídoto. Cuando damos dosis macizas, nunca son exageradas, y sus efectos pueden desaparecer; mientras que, las enormes dosis alopáticas, no pudiendo pasar enteras en el engrane de la dinamización fisiológica, una gran parte tiene que permanecer en el crisol. Pueden resultar entonces desórdenes generales, ó alteraciones locales más ó menos graves, según las dosis del residuo: ved á ciertos enfermos que han tragado grandes cantidades de mercurio, por ejemplo....., su organismo termina por estar saturado. ¡Y bien! trataríamos á un sujeto, con nuestras dosis, durante mil años ó

más, que nunca podríamos obtener ese fatal resultado.

Siguiese todavía, de estas consideraciones, que las enfermedades medicinales, aunque se presentan con todos sus atributos sintomáticos, pasan desapercibidas á los ojos de los prácticos alópatas, mientras que el médico homeópata no se deja engañar. Familiar con todos los cuadros patológicos artificiales, los reconoce á la simple vista, cuando aparecen; y cuando ha recogido todos los síntomas que le da su enfermo, ya no tiene sino que decidir la cuestión entre las enfermedades naturales y artificiales. De esta manera, muchas veces, puede dejar admirado á su consultante, diciéndole: —«Habéis tomado mercurio, habéis tomado azufre, habéis tomado quinina, etc.»—y el consultante responde afirmativamente, y declara á ese médico dotado de la más extraña perspicacia.

En tal caso ¿qué se debe hacer?

Ya lo hemos visto: es preciso cortar la antigua mies, y trabajar para sembrar un grano nuevo.

Fracaso cierto, sí, viendo una enfermedad natural, en donde no hay más que una medicinal emprendéis un tratamiento ante el enemigo oculto. El lobo está en el bosque, guardáos de conducir á él á vuestro rebaño.

Fracaso probable, sí, según el método más racional, queréis administrar, primero, los antídotos, es decir, escombrar antes de construir. ¿Por qué? Porque no se os dará tiempo, esto lo veréis dentro de un momento.

No habéis oído decir á las personas del campo, que después de una cosecha ¿era preciso dejar descansar á la tierra, y que esta tierra agotada por las exigencias del agricultor, rehusa nutrir á las semillas y llega á ser casi estéril?

Parece, pues, que es preciso, para que el grano pueda germinar, que el campo tenga bastante vigor para alimentar los materiales de la explotación. Igualmente, es preciso en todo tratamiento que el enfermo presente suficientes condiciones de reacción y de receptividad.

Cuántas veces he hallado á individuos profundamente debilitados por las emisiones sanguíneas, dos, tres, cuatro sangrias, más ó menos abundantes, un gran número de sanguijuelas, vejigatorios, sinapismos, lavalivas, purgantes—todo sazonado con una dieta rigurosa.—

¿Qué queréis que le pase á ese pobre enfermo?

Hay ciertas enfermedades—la fiebre tifoidea, por ejemplo—que, por su naturaleza, tienden á la prostración del individuo. El principio morbos, parece caer con todo su

peso sobre las fuerzas radicales, las oprime y las sofoca.

Para levantar este peso, los remedios son casi siempre impotentes. Es preciso que el enfermo sucumba en ese estado, sin poder libertarse del lazo que lo oprime.

Nada engendra más desesperación en el médico, que la debilidad radical de su enfermo. Cualesquiera que sea la causa, siempre es un elemento de fracaso, porque los remedios quedan sin acción.

A medida que se es fuerte y robusto, se está más expuesto á las grandes enfermedades—Hipócrates había llamado á esta disposición, «el peligro de una salud de atleta.»—Esto es cierto. Pero, en revanche, más fuerte y más robusta es, también la acción de los medicamentos para combatir esas enfermedades. En general, se puede plantear en principio, que la virtud de los remedios, está en razón de la energía vital.

Cuando un enfermo está desprovisto de receptividad para los medicamentos, todos los esfuerzos de la ciencia, para salvarle, son inútiles. El médico desesperado se siente capaz, con su palanca terapéutica, de levantar todo un mundo patológico; pero, como Arquímedes, pide en vano un punto de apoyo. El pega, pero sus golpes dan en el vacío; administra los medica-

mentos, pero ellos caen en el tonel de las Danaides; interroga á todas las cuerdas del piano, todas ellas están rotas y mudas. Esto es, finalmente,—permitidme el término—como si jugara á la pelota, contra un muro de algodón.

Encuentro todavía, en las bases de mi plan, como causa de fracaso, la incurabilidad absoluta de las enfermedades muy antiguas y orgánicas. Más, ¿qué decir sobre este artículo? Toda disertación es impotente, como toda terapéutica. Hay cosas que se sienten muy bien, y que no se pueden decir. Hay casos morbosos que se quería curar, pero toda buena voluntad, falla contra lo imposible. Esta palabra IMPOSIBLE, un loable orgullo quisiera suprimirla del diccionario médico, y desdichadamente, en las tinieblas de la impotencia, ella flama con caracteres de fuego.

En las afecciones orgánicas—reconocidas como incurables—¿qué hacer, qué aconsejar á los pobres enfermos? El mejor remedio en este caso, es, «la raíz de la paciencia.»

Este medio lo he empleado á menudo, y siempre me he hallado bien.

Llego al elemento más fértil de fracaso. Elemento al que llamaré la espina del oficio; quiero decir,

la impaciencia de los enfermos ó de aquellos que les rodean.

Hé aquí, en toda su verdad, la aplicación de la parábola. Las espigas sofocan á la semilla, y si crecen numerosas en el campo médico mucho más numerosas brotan en nuestra tierra, con nuestras espigas.

¿Qué diriais de un sembrador quien, al día siguiente de su siembra, fuese á visitar su campo para ver si los granos habían brotado? Qué diriais de un arquitecto quien, después de haber distribuido á los obreros el plan de una casa, fuese á ver, al día siguiente, si las ventanas ya estaban puestas? El primero merecería la metamorfosis de Filemón y Baucis, y el segundo, lo enviariais á los «genios» de los cuentos árabes.

Hé aquí, sin embargo, lo que comprobamos diariamente. La impaciencia de los clientes no es desdichadamente una fábula, es la más triste realidad, que Dios ha enviado á los médicos para expiación de sus pecados.

Aquí quiero hablar, sobre todo, de los médicos homeópatas; porque, ante los tratamientos alopáticos, se hallan aún algunos fenómenos de paciencia.

Ejemplos:

• Ultimamente, un joven me vino á consultar para una enfermedad

muy grave. Se trataba, nada menos, que de un trayecto fistuloso en la región lombar, teniendo su origen en la caries de una vertebra. Desde hacía dos años, asistía á la consulta de un médico, y tomaba muy escrupulosamente los remedios que le eran ordenados. Un día me vino á suplicar me hiciera cargo de él, y que hiciera todo lo posible para curarle. Parecía dotado de gran voluntad, y rico de la resolución más fuerte.

Le ordené una prescripción... ¿Qué resultó? Lo ignoro, ó mejor dicho, lo sé muy bien: mi remedio fué bastante torpe para no curarle en 8 días, y no le he vuelto á ver. ¡Bendito sea! no se figura que me libró de un fardo pesado, al desembarazarme de los cuidados de su enfermedad.

Hace algunos días fui llamado para asistir á una persona joven, atacada, hacía algunos años, del mal de San Vito; todo tratamiento había sido infructuoso, y los parientes, según los consejos de un homeófilo, consintieron en confiarla á mis cuidados.

A mi llegada, la familia se llenó de alegría, porque siempre la presencia de un nuevo médico en la casa de un enfermo, es un día de fiesta; parece que la curación está oculta entre los pliegues de una saca doctoral.

Todo marchaba bien hasta el momento, en el que, según mi cosumbre, me expliqué francamente respecto á las condiciones del éxito; pero cuando dije que el tratamiento sería un poco largo, que era preciso tiempo para desarraigar esta enfermedad, ví palidecer y obscurecer la frente de la madre.— «Bueno, dije dentro de mí—mi permanencia aquí no será de larga duración.»

Di una receta, pero ni siquiera se mandó por el medicamento.

—¡Imbécil homeópata, pide tiempo para obtener las curaciones!

No quiero multiplicar las citas, he hecho éstas, por ser recientes, y ser las primeras que se ofrecen á mi memoria. Cada médico posee, en sus recuerdos clínicos, hechos bastante numerosos para alimentar las charlas de todo un invierno.

Ahora, ya estoy acostumbrado á los cuadros de todas esas comedias. Es muy racional, en efecto, que entre los enfermos, la dosis de la paciencia esté en razón de la dosis de los remedios que toman. En los tratamientos alopáticos, todos los sentidos están satisfechos; la curiosidad del olfato aprecia el olor de las pociones, los ojos analizan los colores de las botellas, los dedos, ruedan con cariño las pildoras mágicas, el paladar, sabo-

rea las tinturas y mixturas, según fórmula. ¿Cómo el enfermo dejará de ser seducido por todas esas siluetas de la esperanza? Espera, pues, y persiste.

¿Pero, cómo queréis que tenga la menor confianza en nuestros medicamentos? En ellos, para el gusto, ¡nada! para la vista, ¡nada! para el olfato, ¡nada!—Siempre polvos blancos ó glóbulos, ó agua clara.— ¡Adiós á la esperanza!, y como la paciencia es hija de la esperanza, ¡adiós también á la paciencia!

Hé aquí un hecho que hablará por todos; no quiero hojear en mis recuerdos: esto me pasó no hace un mes.

Una señora joven, habitando una aldea de los contornos, llegó á Nimes con su madre para consultar á los médicos respecto de una enfermedad que la inquietaba mucho. Desde hacia algún tiempo su vista se perdía rápidamente;—ella estaba atacada de amaurosis, vulgarmente llamada gota serena.

El primer médico que la examinó prescribió varios remedios. ¿Cuáles? Lo ignoro. Todo lo que sé, es que había aconsejado la aplicación de un cauterio en el brazo izquierdo, y un sedal en la nuca.

Saliendo del consultorio de ese práctico, esta persona me vino á consultar; le prescribí sola y sencillamente un frasquito de agua

clara, para tomar una cucharada cada dos días.

Pues bien, ¿esta señora podía vacilar entre estas dos prescripciones? ¿Podía titubear un sólo instante?

Dos exutorios que juntos debían extraer el humor de los ojos y aclarar la vista ésto habla, esto salta á los ojos..... de aquellos que ven Pero un frasco de agua clara..... ¿qué queréis que haga?

Galeno refirió que un enfermo le respondió un día: «Guardad para los pobres eso que recetáis; me hace falta un remedio de mayor precio.»

Así, cuando la madre y la hija entraron en consulta entre sí, respecto á las dos prescripciones, no fué larga la deliberación, y el resultado del escrutinio fué unánime en favor del cauterio y del sedal.

¡Bendito sea Dios! porque después se me refirió que esta mujer había muerto al día siguiente de estas dos consultas. Si, por desgracia, hubiera tomado una sola cucharada de mi poción, se habría acusado á mi agua clara de haberla envenenado.

La impaciencia, pues, de los enfermos produce muchos fracasos.—Por eso, algunos médicos se dedican á tratar ese defecto de sus clientes más bien que su enfermedad.—La caridad me impide

dar un juicio respecto á su conducta.—Por lo que á mí toca, confieso que mi franqueza, á este respecto, aleja á muchas personas de mi consultorio, y les impide volver á mis consultas.

¿Se debe, entonces, anunciar al enfermo que su afección no tiene remedio, y sumergirle de esta manera en la desesperación?

Evidentemente que no.

Galeno refiere que cierto médico de la antigüedad, llamado Callianax, no tenía ninguna compasión para con sus enfermos, y que habiéndole preguntado uno de ellos si estaba en peligro de muerte, le respondió muy duramente con un verso de Homero cuyo sentido es éste. «Patroclo murió, que valía más que vos.»

—¿Debéis imitar el tono tan poco humanitario de ese médico?

Evidentemente que no; pero lo que no podéis decir al desdichado bien lo podéis decir á su familia. Y si no podéis pronunciar la palabra fatal, de «incurable,» tampoco debéis prometer más de lo que podáis cumplir.

No temo formular, en pleno día, ni opinión á este respecto—á riesgo de derramar la bilis de cualquiera.— Todo médico que promete lo imposible, y divierte al enfermo con el espejismo de una curación que, siempre vá á llegar, y huye